

Ferran Cremades

www.ferrancremades.es

JAI ME I
el Conquistador
VERSIÓN ORIGINAL

El asedio y la caída de Valencia
Una historia apasionante jamás contada

A Mikel de Epalza, María Jesús Rubiera Mata,
Marcelino Villegas González, Abdel Hakim El
Gafsi i Slimane Mustafá Zbiss, con quienes he
compartido la pasión por Al Ándalus.

“En España... el rey de Aragón puso sitio a la Gran Valencia, que ganó, Dios triunfante en la fiesta de San Miguel. Y el arzobispo de Narbona combatió allí con energía”.

Cronicón de Alberic de Trois Fontaines

“El rey cristianísimo, magnífico y muy valiente con las armas, el señor rey de Aragón, junto con sus aliados, atacó con una guerra tan sangrienta la gran ciudad de Valencia, que esta, asediada por todas partes, se vio forzada a rendirse”.

Crónica de Matthew Paris, St. Albans

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO. LA CIUDAD FRONTERA	5
LIBRO SEGUNDO. EL PARAÍSO CERCADO	102
LIBRO TERCERO. NUBES CARGADAS DE LLUVIA	227
LIBRO CUARTO. LA TORMENTA INDOMABLE	365
LIBRO QUINTO. LA CONQUISTA DE UN SUEÑO	487

LIBRO PRIMERO

LA CIUDAD FRONTERA

1

Valencia vivía en pie de guerra contra el cada día más poderoso rey de Aragón. La mayoría de la gente había abandonado los altos ideales, la avidez de conocimientos y el gusto por lo sensible, y se entregaba al dictado de una supervivencia extrema. El amor y la fiesta eran más escasos que el agua de lluvia. Sólo los altos dignatarios podían seguir malgastando sus fortunas para gozar aún de banquetes privados, donde, aparte de ofrecer placeres a sus sentidos, pretendían olvidar la situación desesperada en que vivía la ciudad más allá de los muros de sus palacios.

El alcázar, levantado sobre una loma, se encontraba en una plaza de grandes dimensiones cerca de la Mezquita Mayor. En aquel tiempo Valencia estaba gobernada por el emir Zayyán Ben-Mardánish. Ni cuando dormía le abandonaba su noble anhelo de gloria. El fuego de la ambición le atormentaba y no lograba la paz en la tierra. Las estrellas parecían copos de nieve flotando en la ingravidez del alba. El oleaje del mar rompía la visión estática de la bóveda celeste envuelta en oscuridad y frío. El sueño huía de sus ojos y sus pensamientos le arrojaban al abismo. Apenas cerraba los párpados, el emir oía una voz poderosa que le gritaba: “¡Zayyán, Zayyán! ¡Hijo de Mudaf y de Zayda! ¡Zayyán, Zayyán! ¡Piensa en tus fines!” El soplo de su aliento cubría de niebla el firmamento. Era una voz que le robaba el sueño y despertaba su alma, que solo ansiaba la victoria. “¡Ve a tu destino!”, le ordenó cuando ya la nube del sueño

estaba borrándose de sus ojos. Entonces se asomó al mirador y vio un cielo de color naranja con estrellas que escribían su nombre en el libro de la vida. Poco a poco la ciudad iba iluminándose con todas sus bellezas y riquezas. Apoyado en la baranda, veía los minaretes esbeltos que sobresalían por encima de un mar de casas y los palacios de puertas doradas que pertenecían a las familias más notables de la ciudad y que guardaban en su interior patios llenos de limoneros y cipreses.

Con su habitual impasibilidad, el eunuco Yusef el Gordo abrió la puerta de la sala del mirador y saludó al emir con una ligera reverencia. Caminaba lentamente, como un elefante, con un paso más pesado que inseguro, arrastrando los pies con una mueca de complacencia en su rostro. Sin decir nada ni dar la menor señal de impaciencia, dejó la bandeja del desayuno sobre la mesa de maderas finas con incrustaciones de marfil.

–**Por la naturaleza misma de la empresa, no puede** esta sino ofrecerte una cosecha abundante de gloria guerrera –respondió el eunuco cuando el emir le relató el sueño que había tenido con las estrellas. Acto seguido se dispuso a servirle un jarabe de dátiles con miel–. A lo largo de la historia, los Banu Mardánish han sido reconocidos por su experiencia en los asuntos de la guerra y su bravura probada ante las vicisitudes del tiempo –le animaba a emular la figura de su abuelo Abu Abdalá, que gozaba aún entre la población de una gloria que rayaba más en la leyenda que en la verdad. Buscaba la luz de una sonrisa.

En medio de un concierto de pájaros que saludaban la salida del sol, Zayyán masticaba la galleta de sésamo despacio, como si estuviera rumiando sus inquietudes. Era consciente de que no tenía todo el tiempo del mundo. Sólo le quedaba una primavera para alejar de sus dominios al enemigo cristiano.

–**Una** verdadera delicia, amigo Yusef –cerró los ojos e inspiró de placer mientras sorbía el jarabe de dátiles, que tenía el poder de endulzar los corazones y fortalecer la pasión del amor. De inmediato levantó el rostro para dedicarle una mirada de agradecimiento por sus servicios.

–**iAlabado sea Dios!** –exclamó el eunuco Yusef tras robarle una sonrisa. Había conseguido distraerle de sus preocupaciones, aunque

sólo fuera por el tiempo que dura un suspiro. Aparte de ser el jefe de protocolo, era el ojo y el oído del emir, su confidente más leal. Sólo él podía entrar en los recintos reservados a las concubinas del harén. Una de sus funciones era la de evitar que los rumores de las calles o la maledicencia de algunos altos dignatarios o sabios del alcázar alterasen el curso de los asuntos públicos y privados de su señor, y una de sus virtudes era la de estar al corriente de todo lo que se tramaba en el corazón de la medina.

–Prepárame para la comida manjares delicados, así como jugos y frutos exquisitos –consciente de que con los años había ido perdiendo facultades, Zayyán le pedía que no olvidara los afrodisíacos de origen antiguo y de efectos milagrosos.

–Estamos en una ciudad frontera –le replicó Yusef–. Y las tierras de frontera son siempre lugar de meditación religiosa, lucha contra el infiel y no jardín de placeres –con firmeza le reprimaba su total entrega al amor de las bellas, así como su inclinación a los baños y perfumes. De hecho, había dejado en manos de su hermano Yúsuf Ben Saad y de su sobrino Kámil Al Raís todo el peso del poder para entregarse al abrazo de su amada Karima, una mujer de origen cristiano, cuya belleza sensual era el único objeto de sus deseos carnales en aquellos tiempos. La mancha de su carácter, según el eunuco Yusef, era su gran lujuria, que le alejaba en muchas ocasiones de los asuntos del gobierno. El más relevante de los rasgos que sin duda alguna había heredado de su abuelo Abu Abdalá–. Para perseguir la gloria hay que dedicarse en cuerpo y alma a la preparación de la guerra santa –más que un aviso, era una llamada a la urgencia de un destino inaplazable. Y de inmediato le recordó los peligros que tenían dichos remedios para su corazón–. Tu deber no es gozar de los placeres del harén, sino guardar y amparar la tierra del paraíso.

–Nunca fui un asceta. Perder los momentos del harén es como perder los momentos de mi vida –exuberante por naturaleza y totalmente carente de inhibiciones, el emir extraía ilimitado placer en los brazos de su amada, que jugaba con su corazón como el gato con el ratón–. Sabes, hermano Yusef, que de las cosas bellas de este mundo escojo sobre todo el amor –argumentó Zayyán tras reconfortarse con un sorbo de jarabe.

–**Los placeres del harén tornan débil al hombre** –quiso decir cobarde pero no se atrevió a decírselo– ante el deber de la guerra **santa** –¡cuántas veces había evocado el eunuco Yusef el coraje de su abuelo Abu Abdalá! Ahora lo hacía una vez más, recomendándole que se entregara a otras ocupaciones más acordes con los tiempos difíciles que vivían, como era jugar al ajedrez y cabalgar con sus soldados.

–**Prefiero perfumar mi cuerpo con mirra que cubrirlo con las impurezas del sudor.** Prefiero criar caballos purasangres y vestir túnicas recamadas de oro. Antes que rodearme de soldados que escupen y que gozan quemando campos, talando bosques y destruyendo torres, prefiero gozar serenamente de los placeres que un emir puede probar en esta vida, como levantar palacios de puertas doradas. Eso es lo que prefiero a la guerra.

–**Para los tiempos que vivimos, eso es como contar estrellas.** ¿Sabes, mi señor? –el eunuco Yusef guardó silencio para dar mayor fuerza a sus palabras–. Siempre he tratado de servirte lo mejor posible –se esforzaba en que su señor reconsiderase sus propósitos, así como las inclinaciones de sus apetitos naturales–. La pasión de las armas es tan poderosa y cegadora como la del amor.

Nada contestó Zayyán. Tan sólo le pidió con un ligero movimiento de cabeza que le sirviera otra copa de aquel jarabe. Las velas perfumadas, esparcidas por doquier como estrellas en el firmamento, iluminaban con sus destellos la sala del mirador. Una penumbra misteriosa bañaba el color de las alfombras que cubrían el suelo y de los tapices que colgaban en las paredes. No estaba dispuesto a alejarse del lujo, de la opulencia y de los placeres del harén para vivir consagrado en cuerpo y alma a los preparativos de la guerra santa.

Un día de invierno, con la luz del alba, dos jinetes irrumpieron como rayos en el llano de la Ruzafa. El trueno del galope levantaba un huracán que rompía la quietud del horizonte y el silencio sepulcral que reinaba en la ciudad. Al llegar a la puerta del alcázar, los caballos, ahogados por las bridas, detuvieron bruscamente la carrera y una nube de polvo ocultó por un momento las figuras de los emisarios. Los centinelas pronto los rodearon para acompañarles ante la presencia del emir, quien en aquella hora tan temprana, tal

como acostumbraba a hacer todos los días, se hallaba en la sala del mirador. Envuelto en un aura de luz, como en un sueño, contemplaba, extasiado, el tapiz de seda que representaba los Jardines del Edén.

Cuando los emisarios Hamid y Karim, inclinados en señal de sumisión y lealtad, le ofrecieron la misiva que llevaban de parte de Ben Hud, Zayyán enmudeció, tenía el corazón lleno de mucha tristeza y la mente aguijoneada por diversos pensamientos acerca de la suerte de la ciudad y su devenir. La luz afilada del alba acuchillaba los lujosos ropajes de invierno. Deseoso de salir del mundo de vacilaciones y sombras que habitaba, llamó a sus más allegados, que aquel día, por orden expresa suya, madrugaron en extremo. Tras las palabras de saludo y los elogios, el brillo de sus ojos dejó traslucir una insospechada sorpresa.

–Una vez más Ben Hud nos recuerda su compromiso de fidelidad al califa abasí, la buena administración de la hacienda y la defensa de las fronteras. He decidido reconocer su poder, tal como han hecho Alzira, Xátiva y Denia. El curso de los acontecimientos nos obliga a hacer tal petición con el fin de tratar de resistir el máximo tiempo posible ante los cristianos –si en el pasado, usando toda clase de estratagemas, Zayyán había negado su autoridad hasta por tres veces, ahora, consciente como era de la hostilidad de los tiempos, la reconocía, encontrando así remedio a su debilidad.

–En verdad nos encontramos en serios apuros y necesitamos ayuda, pues no tenemos suficientes fuerzas para asegurar la defensa de la ciudad y de todos sus territorios –en ese momento apareció el primer visir Ben Al Abbar, a quien había llamado no sólo para que tomase nota de todo lo que allí se decía, sino también para que hiciera público su parecer.

–Imploraremos su auxilio para que nos socorra a precio de dones y regalos –Zayyán necesitaba renovar esperanzas y alimentar el sueño de la gloria.

–Aunque sólo sea por un año –argumentó Kámil Al Raís, a quien el emir consideraba como su sobrino predilecto–. Tal vez será suficiente para ahogar la codicia de Jaime el Barcelonés. Ben Hud es el más poderoso y valiente de todos. Por osadía y franqueza, por

justicia y verdad, hemos de reconocerle como a nuestro salvador -en la belleza de su rostro mostraba el valor del guerrero.

-Después de la gran calamidad -dijo el primer visir, refiriéndose a la batalla de las Navas de Tolosa-, el poder almohade ha caído de manera vertiginosa en la decadencia, causando la ruina total de Al Ándalus -con las cejas pobladas, la nariz ancha y los pómulos marcados por una barba muy bien recortada, Ben Al Abbar mostraba un rostro penetrante. Ponía el dedo en la llaga al precisar que la batalla se había perdido en el seno del poder mucho antes de enfrentarse con el enemigo cristiano-. Vivimos tiempos difíciles -consideraba el asunto teniendo en cuenta que los reyes cristianos habían dejado de combatir entre ellos y encontraban más placer en hacer la guerra contra el islam. Sopesaba sus palabras con el rigor del observador y sin mostrar afectación alguna en sus **consideraciones**-. Poco a poco Fernando de Castilla y León y Jaime de Aragón van devorando tenazmente los territorios de Al Ándalus. La dinastía almohade ya ha terminado su papel en el mundo, como en el pasado les sucedió a los omeyas.

Las acusaciones e insultos rayaban en el desprecio y la insolencia apareció en rostros que en el pasado se habían mostrado partidarios acérrimos de ellos.

El eunuco Yusef apareció en la estancia privada rodeado de bellos efebos que portaban bandejas donde se veían relucir frutas frescas y copas rebosantes del zumo amargo de la naranja. Zayyán se levantó de su diván y tomó una copa que ofreció a su sobrino Kámil, a quien quería y adoraba como si fuera su propio hijo.

Preocupados como vivían por la situación en que se encontraba Valencia y en la que veían peligrar todas sus posesiones y riquezas, tanto el poeta Sálah Al Ansari como el eunuco Yusef aguzaban el oído cuando escuchaban relatos de guerra.

-No podemos olvidar que cuando estalló la hambruna sembrando la desolación en todo Al Ándalus, fue Ben Hud quien capitalizó el descontento popular, rompió todo lazo con los almohades y se puso en abierta rebelión contra ellos -remarcó Kámil Al Raís, guardando un momento de silencio para besar el borde de la copa y saborear el zumo. Reconocía que, en tan extremas circunstancias, y tras el logro de algunos triunfos, Ben Hud

El libro completo tiene más de 600 páginas...